

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

NUMERO 3.—1.º DE SETIEMBRE DE 1876.

SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO.

Noticias para la historia de nuestra métrica sobre una nueva especie de versos castellanos, (continuacion) por D. M. Menendez y Pelayo.—Éxtasis, traduccion de Victor Hugo, por D. Adolfo de la Fuente.—La Montañesa, (continuacion) por D. Amós de Escalante.—Delirio, por D. Emilio Ferrari.—TIPOS TRASHUMANTES.—III.—El Excelentísimo Señor...—IV.—Las interesantísimas señoras, por D. José M.^a de Pereda.—A....., por Campoamor.—Averiguador de Cantábria.—Seccion bibliográfica.

SANTANDER.

Imprenta de Solinis y Cimiano, Arcillero, 1.

1876.

LA GUIRNALDA.

PERIÓDICO QUINCENAL DEDICADO AL BELLO SEXO.

Esta publicacion, que existe desde 1.º de Enero de 1867, es una verdadera especialidad en todo lo relativo á la educacion y labores del bello sexo.

Cada número consta de la parte literaria, amena é instructiva, ilustrada con excelentes grabados; de pliegos de dibujos para bordar, y alternando figurines, patrones y piezas de música.

En la edicion de labores.—Reparte siempre modelos para toda clase de labores y modas del bello sexo y piezas de música.

En la edicion de modas.—Reparte figurines iluminados y patrones de tamaño natural cortados expresamente en París.

En la edicion de albums.—Abecedarios de todas clases y tamaños, y una completa coleccion de modelos para muestrarios, etcétera, á 6 y 8 rs. cada uno.

Además de estas *tres ediciones*, facilita los dibujos picados que se deseen pasar á las telas, y se encarga de todos los pedidos de bordados.

Ofrece *grandes primas, rifas mensuales* de objetos de valor y *regalos* de importancia.

Precio.—En Madrid, 4 rs. al mes, y año 44. Provincias, trimestre, 14; semestre 26, y año 48, las ediciones de labores ó modas; y juntas las dos: Madrid, 6 rs. al mes; semestre, 34, y un año 64.—Provincias, 20, 40 y 72; y 20, 40 y 68 respectivamente la edicion de labores ó la de modas con los albums.—Las tres ediciones: Madrid, trimestre, 24; semestre, 44; año, 80; y provincias, 28, 50 y 88 rs. respectivamente.

Anuncios.—A precios convencionales.

Para más detalles, pídase el prospecto á la Administracion, Barco, 2, duplicado 3.º.—Madrid.

Se suscribe en la redaccion de este periódico.

BOCETOS AL TEMPLE, por D. José M.^a de Pereda.—12 reales.

QUIEN MUCHO ABARCA POCO APRIETA, proverbio en dos actos, por don Tomás Fernandez de Castro.—4 rs.

LA AMARGURA DEL PLACER, drama en tres actos y en verso, original de D. Tomás Fernandez de Castro.—4 rs.

Se venden en la Administracion de este periódico.

NOTICIAS PARA LA HISTORIA DE NUESTRA MÉTRICA

SOBRE UNA NUEVA ESPECIE DE VERSOS CASTELLANOS.

(CONTINUACION.)

Ábrese literariamente el siglo XVIII con la aparición de la *Poética*, de Luzán, que consagró á la parte métrica diferentes capítulos. En él comienza la doctrina de las sílabas largas y breves, que asimilando nuestra versificación á la latina, ha producido tanta confusión en las teorías métricas posteriores. Y es de advertir que Luzán, á pesar de su doctrina, ó más bien á causa de ella, debia tener tan escaso oído en cuanto á los versos griegos y latinos, que cuando tradujo, con más fidelidad que poesía, la segunda oda de Safo, erró dos ó tres veces en punto á la armonía de los versos en una composición que solo tiene cuatro estrofas.

Apénas hay que registrar innovaciones métricas en el siglo pasado. Vaca de Guzman fué el primero en introducir la asonancia entre el segundo verso *sáfico* y el *adónico*. Esta modificación, de agradable efecto, pero que desvirtúa un tanto la índole clásica del metro, se observa en su *Oda á la muerte de Cadahalso*:

Vuela al Ocaso, busca otro hemisferio,
Baje tu llama al piélago salobre,
Délfico nùmen, y á tu luz suceda
Pálida noche (1).

La misma combinacion y el asonante mismo empleó Búr-gos en su gallarda traducción de la oda 2.^a del libro II de Horacio «*Pindarum quisquis studet æmulari*:»

De cera en alas se levanta, Julio,
Quien competir con Pindaro ambicione,
Icaro nuevo, para dar al claro
Piélago nombre...

(1) Por error aparece incluida esta oda en la primera edición de las *Poesías de Fr. Diego González*.

Nueva modificacion experimentó el sáfico, introduciéndose la consonancia entre el segundo verso y el primer hemistiquio del tercero, tal como se advierte en la *sáfica* de Jovellanos á *Poncio* (Vargas Ponce), y en su *Epitalamio* á don Felipe Rivero, combinacion que fué empleada con superior maestría por Búrgos en su hermosa traduccion del «*Mercuri nam te,*» oda 11 del libro II de Horacio:

Dulce Mercurio, pues por tí enseñado
Anfon las piedras con su voz movia,
Y tú algun día, desdeñada siempre,
Siempre callada...

Y para hacer mérito de todos los ingeniosos artificios usados en la estrofa sáfica, recordaremos la linda y verdaderamente *clásica* oda de Arjona, intitulada *La Gratitude*, en la cual por primera vez, segun entendemos, aparecen enlazados alternativamente los tres versos *sáficos* y el *adónico*:

Amor es alma de que el orbe vive,
Autor celeste del ardor fecundo
En que las auras de su sér recibe
Plácido el mundo.

El ilustre penitenciario de Córdoba, cuyos versos acabamos de citar, fué tambien inventor de una graciosa combinacion métrica, que por nadie hemos visto imitada, aunque él la manejó con singular acierto. En su oda *La Diosa del Bosque*, las estrofas están dispuestas de esta manera: el hemistiquio de los dos primeros versos está formado por un esdrújulo, el tercero es sáfico, el cuarto breve y agudo, consonante con el de la estrofa siguiente, de esta manera:

¡Oh si bajo estos árboles frondosos
Se mostrase la célica hermosura
Que ví algun día en inmortal dulzura
Este bosque bañar;
Del cielo tu benéfico descenso
Sin duda ha sido, lúcida belleza:
Deja, pues, Diosa, que mi grato incienso
Arda sobre tu altar!

La escuela salmantina, sobre todo en su segunda época, propendió á huir del artificio métrico, no empleando, sino rara vez, las leyes y aladas estrofas líricas, imitaciones de la métrica clásica, ó inclinándose con preferencia á las tiradas

larguísimas de endecasílabos sueltos (1) ó asonantados, que prestando inmenso campo á la palabrería y desmedida ampliación, hacen muy fatigosa la lectura de Cienfuegos y de Sanchez Barbero, uniéndose este defecto á los de sensibilidad afectada, falsa grandeza y trasnochado filosofismo, de que tanto adolecen estos poetas, y en que no dejó de incurrir el gran Quintana, dicho sea con todo el respeto debido á tan egregio nombre. Por el contrario, los hijos de la escuela sevillana, Lista, Reinoso, y Arjona especialmente, Arriaza, los que en escaso número seguían aún en lo lírico las huellas del matritense Inarco, y los que en época posterior le imitaron, gracias á las enseñanzas de Hermosilla, que sentía por él un entusiasmo casi fanático, *pusieron*, como hidalgamente confiesa el mismo Quintana, *todo su esmero en la puntual simetría de los metros, en el halago de los números, en la elegancia y pureza del estilo, en la facilidad y limpieza de la ejecución*, añadiendo, *que su estilo, á lo ménos en gracias y en halago, no es vencido ni por ventura igualado de otro alguno*. Moratin y su pequeño grupo literario, que (dicho sea en honor de la verdad) respondieron á los elogios de los salmantinos con los agudos dardos de la *Epístola á Andrés* y con las feroces diatribas de Tineo y de Hermosilla, son dignos de recordación en esta breve reseña de las vicisitudes que ha experimentado nuestra métrica. En sus correctísimas poesías sueltas, *con las cuales no se ha mostrado la fama equitativa* (2), empleó Moratin, con admirable limpieza y elegancia de ejecución, gran variedad de combinaciones métricas, algunas nuevas en nuestro Parnaso. La oda á la virgen de Lendinara, escrita en el ritmo de Francisco de la Torre, los dos cánticos sagrados que en graciosa variedad de metros compuso á imitación de los *oratorios* italianos, la elegía *A la muerte de Conde*, en que también es toscana la disposición de las estrofas, y la epístola á Jovellanos en decasílabos esdrújulos, que Hermosilla llama *asclepiadeos*, son ensayos en su mayor parte felices y que debieran haber tenido imitadores. En cuanto á los *asclepiadeos*, *nueva cuerda* que Moratin pensaba añadir á la lira española, es lo cierto que, si bien tienen alguna analogía con aquel metro latino, y no hacen mal efecto en el oído, no son en realidad otra cosa, segun la burlesca receta de D. Juan Nicasio Gallego, que dos versos pentasílabos semejantes á los empleados por Iriarte en su fábula del *Naturalista y las dos Lagartijas*, unidos, y adornados al fin con un esdrújulo. ¿Qué diferencia hay entre estos dos versos:

(1) Quintana hizo la apología de estos en las *Variaciones de Ciencias*, etc.

(2) Milá y Fontanals.

«Id en las aias del rando Céffiro,»
«Vió en una huerta dos lagartijas?»

Y si el primero se parece al

Mecœnas atavis edite regibus,

¿por qué no se ha de parecer el segundo? Hé aquí cómo el bueno de Iriarte hacia *asclepiadeos* sin percatarse de ello.

Decíamos antes que los elogios de Hermosilla habían producido algunos imitadores de Moratin como poeta lírico, y al afirmar esto, nos referíamos especialmente á una preciosa coleccioncita de odas que, con el título de *Preludios de mi lira*, vió la luz pública en Barcelona en 1832. Era su autor un altísimo y malogrado poeta catalan que, tras la desdicha de morir en la edad temprana de 25 años, tuvo la todavía más lastimosa de ser desconocido fuera de su país natal. Llamábase D. Manuel Cabanyes; pero ni su nombre ni sus producciones han pasado la infranqueable márgen del Segre. Empapado en las formas de Horacio, más que ningun otro de sus contemporáneos, poeta de propio y varonil aliento, fué tal vez el más verdaderamente *clásico* de aquella generacion que precedió á la aurora del *Romanticismo* en España. Cabanyes, que conocia á Byron (cosa verdaderamente estraña), fué sin embargo imitador constante de la antigüedad; pero á la manera de Fóscolo ó de Andrés Chenier, dice el Sr. Milá y Fontanals. La independencia de su carácter, que se unia muy bien con su adoracion de la forma helénica, le llevó á rechazar sistemáticamente el uso de la rima, llegando hasta punto de excluir de su coleccion poética varias composiciones (muy lindas por cierto) en que habia empleado aquella gala. El mismo lo dice gallardamente en la estraña oda que tituló «*Independencia de la pátria*.»

Sobre sus cantos la expresion del alma
Vuela sin arte; números sonoros
Desdeña y rima acorde; son sus versos,
Cual su espíritu libres.

Y reduciéndose á estribir en versos sueltos, apenas tiene, sin embargo, dos composiciones en que emplee el mismo ritmo. En una ocasion usa el *sáfico*, en otra la estrofa de Francisco de la Torre, á veces se vale de combinaciones tan estrañas como la siguiente, ya empleada con alguna irregularidad por Herrera en una traduccion de Horacio:

Pacto infame, sacrílego,
Con el Querub precito celebrara
Aquel que á un metal pálido
Primero dió valor inmerecido, etc.

En otra oda combina los dodecasílabos de Juan de Mena con los adónicos horacianos, produciendo un conjunto bastante híbrido, y otras veces forma estrofas de versos sueltos, tan bien construidas como estas:

Hácia tí con deseos criminales
La su vista de águila volviera
Entonces de las Galias
El domador, cual mira
Hambriento azor en la region del Éter
La que va á devorar tímida garza.
(*Oda al Estío.*)

¡Ay, qué de sangre escita y trace inunda
Las faldas del Balkan! ¡Ay, cuántos vuelca
Extinguidos guerreros
El Vístula aciago!
¡Cuánto de lloro apaga vuestras lumbres,
Flamencas madres, bátavas esposas!
(*Oda al cólera morbo.*)

En su bellísima oda *La Misa Nueva* emplea los *asclepíadeos moratinianos* y su hemistiquio agudo de esta manera:

¿Quién se adelanta modesto y tímido,
Cubierto en veste fúlgido-cándida,
Al tabernáculo, mansion terrena
De Adonai?

.....
¡Ah! no le olvida, y un hijo escógese
Entre sus hijos, á cuya súplica
Cuando en los áridos campos marchítese
La dulce vid,
Romperá el seno de nubes túrgidas
Y hará de lo alto descender pródiga
Lluvia que el pécho del cultor rústico
Consolará.

Fácilmente se concibe el desprecio de Cábanyes por la rima. ¿Para qué la necesitaba cuando á tal punto sabia diversificar los versos sueltos y acercarse tanto á la métrica clásica? ¡Lástima que no haya tenido imitadores!

Y ahora hablemos de las *Poéticas* y *Artes Métricas* publicadas en este período. Curiosa y nada más es la de Masdeu, que solo por recreacion emprendió su tarea. Más enseñanza se encuentra en las adiciones al Blair de Munárriz, quien en lo relativo á esta materia y á la de sinónimos recibió inspiraciones de Cienfuegos, según apunta Hermosilla en el *Curso de Bellas Letras*, manuscrito suyo que poseo y que puede considerarse como el primer bosquejo del *Arte de Hablar*. En ambos trabajos sostuvo con creces aquel rígido y atrabiliario preceptista la doctrina de Luzan respecto á breves y largas, añadiendo sobre la cesura notables errores. De tales teorías, así como de las de Martínez de la Rosa, que en las *Anotaciones á la Poética* se dejó arrastrar por el torrente de los *latinistas*, dió buena cuenta Maury en la *Carta á Salvá*, que éste colocó entre las ilustraciones á su *Gramática*. ¡Lástima que el ilustre cantor de *Esvero y Almedora*, conocedor el más profundo de la índole prosódica de nuestro idioma é iniciado en todo linaje de misterios rítmicos, no nos los revelase por entero en un tratado especial sobre esta materia! Porque es lo cierto que todavía falta una *Arte Métrica Castellana*. D. Juan Gualberto Gonzalez, traductor egregio de la *Epístola á los Pisones*, de las *Églogas* de Virgilio, Nemesiano y Calpurnio, de los *Amores* de Ovidio y de los *Besos* de Juan Segundo, se limitó á hacer observaciones sueltas (notables ciertamente) y dirigidas á demostrar la posibilidad de componer exámetros en nuestra lengua. Unió á la teoría la práctica, traduciendo con felicidad la égloga *Alexis*:

Ya apresta á los segadores cansados del rápido estío
Testilis, sépol y ajos, aromáticas yerbas;
Conmigo en las florestas, cuando voy tus huellas siguiendo,
Bajo del sol ardiente resuenan las broncas cigarras.

Estos metros, que, á mi entender, en una composicion original no serian tolerables, pueden emplearse, no sin ventaja de la concision, en traducciones de los antiguos clásicos. También ensayó D. Juan Gualberto los asclepiadeos *moratinianos* en traducciones de dos odas de Horacio, y el dístico en la de un *Beso* de Juan Segundo.

En general, los preceptistas de métrica han abandonado casi del todo la teoría de la cantidad de las sílabas, ateniéndose únicamente á los acentos. Exceptuamos, sin embargo, á D. Sinibaldo de Mas, quien, en su ingeniosísimo *Sistema Musical de la lengua castellana*, varias veces impreso, sostuvo con suma habilidad y poderosos argumentos la division en largas y breves, deduciendo de aquí la posibilidad de imitar

en castellano casi todos los metros latinos y aún de inventar nuevas especies de versificación, inadmisibles casi todas, de las cuales presenta repetidos ejemplos el autor del *Sistema*, que para corroborarle más emprendió y llevó á término la hercúlea empresa de traducir en *exámetros* castellanos los doce libros de la *Eneida* (1).

Pero mientras estos humanistas hacian tentativas más ó ménos felices, se acercaba la inundacion romántica, que sin dificultad arrolló exámetros, pentámetros, sáficos y asclepiadeos, produciendo, como toda revolucion necesaria, muchos bienes mezclados con razonable cantidad de males. Si se hubiera detenido en los límites que la trazaron Alcalá Galiano en el prólogo de *El Moro Expósito* y D. Agustín Durán en el *Discurso sobre el influjo de la crítica moderna en la decadencia del teatro español*, mucho habria que aplaudir y poco que censurar en aquel generoso movimiento. Mas no fué así, por desgracia. La escuela, que habia empezado condenando la afectacion y el amaneramiento, sustituyó á las empalagosas anacreónticas y églogas un diluvio de *orientales*, *fantasías* y *pensamientos* no menos intolerables que los artificiosos géneros desterrados. Unos se dieron á imitar al inimitable Byron, lamentando dolores internos, desesperaciones y hastíos que jamás sintieron; otros, abandonando semejante especie de poesía *subjetiva*, quisieron á todo trance *objetivarse*, y pintaron una Edad Media tan falsa y artificial como la dorada Arcadia de los classicistas, llenando sus composiciones de desatinos arqueológicos, que al cabo produjeron una saludable reaccion, en virtud de la cual fueron allanadas las góticas torres, los feudales castillos y los morunos alcázares en que sin oposicion dominaban invencibles y rendidos galanes, damas altivas y discretas, con el indispensable cortejo de gigantes, enanos, fieles escuderos, quebradizas dueñas y princesas encantadas, fantasmas que no habia logrado desterrar del todo la sátira de Cervantes. En la parte métrica fueron más grandes todavía los absurdos de los innovadores. Verdad es que resucitaron con nuevos bríos el majestuoso *alejandrino*, olvidado desde la Edad Media, y dieron nueva vida á los versos dodecasílabos ó de arte mayor, usados por Juan de Mena, y volvieron á manejar el romance como no se habia manejado desde los áureos dias del siglo XVII; verdad es que inventaron nuevas combinaciones métricas, algunas ingeniosas y aceptables; pero tambien es cierto que incurrieron en imperdonables ex-

(1) Merecen especial mencion en esta reseña de las vicisitudes de nuestra métrica, los preciosos *Diálogos Literarios* del Sr. Coll y Vehí.

travagancias, obstinándose en hacer versos de quince, trece, tres, dos y hasta una sílaba, imposibles unos y contrarios otros á la índole de la lengua, que emplearon con lastimosa profusion los finales agudos en el endecasílabo, con grave detrimento de los oídos castellanos, y que despues de haber rechazado los sextinas, los tercetos, las octavas y demás combinaciones antiguas, acabaron por formar ovillejos, laberintos y otras filigranas métricas que hubieran regocijado á Caramuel ó á Rengifo, y poesías en forma de copa, de altar, de pirámide, etc., ante las cuales no son para recordadas la *Zampoña*, la *Segur* y otros primores de Simmio de Rodas, que de *difficiles nugæ* calificaron los críticos antiguos. Yo admiro la gallarda ostentacion de todo linaje de metros que hace Espronceda en *El Estudiante de Salamanca* y en el prólogo de *El Diablo Mundo*, poema á retazos feliz, pero harto desdichado en el conjunto; lo que lamento es que sus malhadados discípulos se dieran á imitar los salvajes aullidos de la *Cancion del Verdugo*, en que hasta el metro es sobremanera adecuado á lo repugnante y patibulario del asunto, ó se empeñaran en desgarrar los oídos con versos semejantes á estos:

¿Oís? Es el cañon. Mi pecho hirviendo
El cántico de guerra entonará,
Y al eco ronco del cañon venciendo
La lira del poeta sonará.

Afortunadamente aquella irrupeion pasó, dando lugar á un eclecticismo saludable que, trocándose luego en infructífero escepticismo, ha hecho que nuestra poesía lírica, sostenida por los individuales esfuerzos de algunos ingenios poderosos, viva hoy de *milagro*, como vulgarmente suele decirse. En la parte métrica han desaparecido todas las combinaciones inadmisibles, todos los metros estravagantes. Mas no por eso está cerrado el camino para la invencion de nuevas especies de versos, siempre que sean agradables al oído, único juez en estas materias. Un ejemplo de esta verdad nos ofrece el verso *lavendáico*, del cual nos proponemos tratar en estos apuntes.

M. MENENDEZ Y PELAYO.

(Continuará.)

EXTASIS.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

Et audiui vocen magnam.

APOCALIPSIS.

A la orilla del mar, en una noche
de fúlgidas estrellas;
sin una nube el anchuroso cielo;
sin una vela en las dormidas aguas,
que, como blanco broche
uniese el cielo á ellas;
de otro mundo mis ojos estasiados
penetraban los límites vedados.

La selva umbrosa y los desnudos montes,
y todo cuanto encierra
entre ambos horizontes
la creadora tierra,
misteriosa pregunta dirigian,
en confuso rumor y en blando anhelo,
á las aguas profundas de los mares,
á las luces sin número del cielo.

Y las estrellas de oro, que en la esfera
se muestran en legiones infinitas,
con variados acentos
que pueblan de armonías á los vientos,
hácia el suelo inclinando lisongera
la viva luz de su pupila ardiente;
y las cerúleas ondas, cuya fuerza
ninguna humana superior consiente,
lanzando á la ribera
la blanca espuma de sus crestas rotas;
al par decian en solemnes notas,
cuyo sentido el corazon presente:
«Es el Señor, el Dios Omnipotente.»

ADOLFO DE LA FUENTE.

LA MONTAÑESA.

II.

Una dificultad primera sale al paso en nuestra tarea: la de comprender en un adjetivo solo la poblacion femenina de la provincia de Santander. Si escribo *santanderinas*, háse de entender por no corta porcion de mis adorables paisanas, que digo únicamente de las hijas de la capital, no dándose por comprendidas en el vocablo, trasmeranas, lebaniegas, torancesas, carredanas, pasiegas, sobanas, castrejas y otras, que toman calificativo propio del valle, poblacion ó comarca de su naturaleza. Si pongo *montañesas* no faltará quien lo censure por indeterminado y vago, pudiéndose aplicar á las de otras varias regiones, ásperas y fragosas de la Península.— A este dictado último me inclino, sin embargo, porque ha de ser rectamente interpretado y acogido entre nosotros, quiero decir de *Peñas-al-mar*, segun siglos atrás llamaron á nuestra Cantábría; y porque la voz en su estructura y eufonia obedece á aquella ley primitiva del buen hablar, segun la cual toda palabra ha de encerrar el verbo y sus accidentes, la idea inicial pura, ampliada y completa por sus relaciones. Tiene efectivamente esa palabra nuestra, tan pintoresca y sonora, cierta fuerza descriptiva; yo no sé qué elementos de luz y de color tales, que pinta más de lo que dice, y trae á la memoria más de lo que significa; y en vez de aislar al ser humano para compendiarle y definirle, le dilata y engrandece con el reflejo propio del medio en que el ser vive, con la perspectiva espléndida y el horizonte natural de la tierra en que el ser habita.

Apuntemos ahora rasgos generales, que del comun bosquejo é insensiblemente irán destacándose los tipos.

No seria española la *montañesa* si fuese fea. Trae, sin embargo, su descendencia de una raza peregrina que conservó el nombre extranjero al colonizar en España. Célticos son los

rasgos de su fisonomía, como las etimologías de su suelo (1). Y aunque la raza se cruza y la sangre se mezcla, todavía en los planos y perfiles de las facciones, en su tez y en el color de sus cabellos prevalece el sello de septentrional estirpe; restriccion y enmienda del comun decir que de fronteras afuera corre, acusando de meridional y africana, aun más por el rostro que por las pasiones, á la gente española.—Envidia darán á cualquiera en esta tierra mia los dientes, cuyo esmalte bruñe la *borona*; cuya sana y limpia blancura preservan la uniformidad y sencillez de los alimentos. Y sabido que los ojos son espejo y como tales carecen de color propio, ni tienen otro que el de los objetos que en ellos se reflejan, aquí los hallareis, azules en los montes de puro mirar al cielo, garzos en la costa de tanto mirar al mar.

La montañesa, cuando dama, es altiva, celosa, autoritaria, como ahora decimos; y á la vez es religiosa, limosnera y casta.—Ni su pecado mayor es la franqueza, ni sus virtudes menores son la discrecion, dignidad y reserva.—Si labradora, es humilde, trabajadora y dócil; si oficiala de artes, es más suelta, jovial y autocrática.—Y en todas sus condiciones, estados y circunstancias, es económica, como hija de suelo pobre; hacendosa, como madre de muchos hijos ó hermana de muchos hermanos; honesta en su porte y esmerada en su arreo. No poco pagada de lo lujoso y espléndido, deja ir con deleite sus ojos tras del ajeno traje galan y vistoso, y siente más íntimo placer cuando siendo á su vez imán de ajenos ojos, se los lleva en pos cautivos de la propia gala. Achaque femenino parecerá á muchos éste, no mas aplicable á las de la montaña que á las mujeres del valle; y ya se entiende que yo no describo escepciones, numerosas en toda regla, sino generalidades.

Ese gusto por las telas vistosas y ricas teníanlo ya nuestras montañesas antes de ser cristianas. En el siglo que precedió al nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, las habia vi-

(1) Sirvan de ejemplo:

Guarnizo.—"Hierro ella es." Descomponiéndose como sigue: Guarn, hi, zo, segun la ortografía castellana; Hovarn, hi, zo, segun la ortografía bretona, cuyas voces interpreta el *Diccionario francés y breton* de Legonidec de esta manera: Houarn, s. m. hierro, metal.—Hi, pron. pers. la, ella, las, ellas.—Zo, tercera persona del presente de indicativo del verbo *beza*, ser.

Tudanca.—"Gente de combate." Tud, dan, ca (forma ortográfica castellana). Tud, d'ann, kad (forma ortográfica bretona).—Significados: Tud ó tur, s. f. Plural anormal de *den*, hombre, individuo, persona. Emplease igualmente en sentido de nacion, pueblo, y entonces vale como singular.—Ann, articulo definido, cuya declinacion en sus casos reflexivos hace d'ann, al, á los.—Kad, s. f. Combato.

Luena.—"Lo más alegre." Laouena, adjetivo superlativo de *laouen*, jovial, alegre, risueño.

Etimologías celtas del Sr. D. Manuel de Assas, calificadas de intachables/*irreprochables* por el sabio arqueólogo francés Mr. Aurélien Courson, conservador que fué de la Biblioteca del Louvre y autor de notables trabajos acerca de los celtas de la Bretaña baja.

sitado cierto geógrafo asiático llamado por apodo el *Bizeo*, el cual, refiriendo sus aficiones y tocado, escribe de ellas que traían el cabello suelto, tendido á lo largo, y usaban constantemente floreos trajes (1); aficiones que al terminar la Edad Media tuvieron en cuenta los Reyes Católicos, cuando emprendida la pacificación de España, dispusieron que cesaran en estas tierras belicosas y divididas los *bandos*, *parcialidades* y apellidos; y dando á la mujer justa importancia en su obra de pacificación, la exceptuaron del rigor establecido para sus reinos en las novísimas leyes suntuarias, consinténdola vestir seda y usar prendas de tocado que á las de otras provincias se vedaban (2).

No mentaré los actos de ferocidad sublime que el asiático escritor las atribuye.—Partícipes de aquella embriaguez furiosa, de aquel soberbio espíritu de independencia, carácter eminente de la raza cántabra, alta despreciadora del vivir, como dice el poeta (3), preferían sin vacilar para sus hijos infantes la muerte al cautiverio, siendo ministros de tal resolución sus propias manos. Bárbara ley de bárbaras costumbres, de que limpió el tiempo á la sociedad humana, domesticada y convertida por la mansa y civilizadora ley del cristianismo.

Otra ley, empero, dura é inquebrantable, nunca abolida por el paso de los siglos, confirmada y bendecida por la religión nueva, la ley del trabajo, pesa hoy sobre la montañesa en idéntica forma que pesaba veinte siglos hace. «Las mujeres de los cántabros cultivan el campo» (4) decía el citado Estrabon, otro tanto hace nuestra moderna aldeana. Ved cuál es su vida: ella trabaja el maíz, el pan cotidiano, desde que cae en semilla al surco, hasta que hecho harina y amasado entra á cocer dentro del horno. En Abril lo siembra, en Junio lo salla, en Octubre lo despunta, en Noviembre lo recoge, en Diciembre y Enero lo desgrana (5). Ella cosecha asi-

(1) "...Crines mulierum in morem prolixam demittunt..."

"...Mulieres semper vestibus utuntur floridis."—Strabonis, *Geographica*, Lib. III.

(2) Existen distintas Provisiones curiosas de los Reyes Católicos, claros testimonios de su acertada política, dadas en Sevilla y Granada desde los años 1490 á los de 1500, en que consta dicha excepcion á favor de las dueñas nobles de ambas Asturias, de Oviedo y Santillana y Provincias Vascongadas, limitada únicamente á la estancia y residencia en la propia tierra. Esto es, que cuando salían de sus montañas las mujeres del Norte, estaban obligadas á vestir con la modestia y recato impuestos á las demás españolas.

(3) "Spernit novissæ senectam."—Silius Italicus.

(4) "Mulieres enim agros colunt."

(5) *Despuntar* el maíz es cortar la parte superior del tallo desde la mazorca ó panoja á la flor que se llama *pendon*, cuya parte, atada en haces y curada, sirve de pienso seco para el ganado.—*Desgranar* no es voz que necesite explicacion. Lo que queda despues de desgranada la panoja, y es un vástago seco, poroso y liviano, llamado *garrojo*, se usa mucho en la montaña en vez de corcho para tapar botellas y otras vasijas de cuello angosto.—La palabra *deshoja*, que viene luego, significa un acto precedente á la desgrana, el de quitar á la panoja las hojas que la envuelven. Hácese de noche este trabajo, y dá ocasion á regocijadas tertulias, así como la *hita*.

mismo la alubia en verano y esparce y cura la yerba segada en Otoño; al caer de la hoja, recoge en su delantal el fruto de los castaños y nogales que los varones apalean, y guía al pasto las vacas y sube al monte para bajar cargada con el coloño (1) de leña destinado á alimentar su hogar. Y sobre esta constante fatiga sufre la más penosa y difícil de regir y cuidar la casa y la familia.

Madre de dolores es la madre montañesa cuanto ninguna otra. Gasta sus años juveniles en criar numerosa prole, la cual, apenas llegada á punto de ser alivio á su trabajo, emigra y la abandona. Róbanle una parte las armas, otra vá á establecerse en Andalucía ó las Castillas, otra á morir en América, ó por lo menos á hacer tan larga residencia en sus lejanos climas, que cuando torna á la pátria no puede en bien de su madre otra cosa más que rezar sufragios en la iglesia y ponerle una pia memoria de piedra y hierro sobre su sepultura.

Privada de su descendencia masculina, quédanle sus hijas. Así comienzan estas temprano á sentir y conllevar la pesadumbre de las domésticas obligaciones, entrando asidas á la materna falda en la larga y dolorosa vía; así previenen el ánimo y endurecen los brazos; así son ayuda y compañía antes de dejar de ser cuidado; así, hechas ya mujeres, aceptan á su vez, sin recelo ni sobresalto, una vida igual á la que llevó su madre, porque todas sus angustias y laborioso curso les son familiares.

Acaso su mismo perpétuo desvelo y actividad de espíritu y de cuerpo preservan á la aldeana montañesa de tantas supersticiones vagas, comun dolencia de otras razas indígenas de suelo parecido al nuestro, ocupadas en labor más sedentaria y fácil: en el pastoreo por ejemplo.

Si adoleció alguna vez de esa fiebre espontánea que la soledad desarrolla dentro de las almas contemplativas y rudas, puestas en presencia de la naturaleza activa, opulenta y vigorosa, tiene olvidadas, tiempo hace, las creaciones con que poblara su pintoresca tierra la popular fantasía. No teme apariciones en el bosque, ni en el río: la niebla entre los troncos, la luna sobre el agua, no la mienten visiones de humano rostro, lábio mudo, cuerpo impalpable é indefinido que comienza en el vapor cuajado y denso, en el reflejo recortado y limpio, para perderse en las menudas é infinitas gotas que sobre las hojas suenan, en los indecisos é interminados rie-

(1) En *colli omus*, carga del cuello, descomponen este vocablo montañés los etimologistas latinizantes puestos á buscar en la lengua madre del Lacio las raíces de toda voz en pueblos latinos usada. Pero el *coloño* jamás carga sobre el cuello, siempre sobre la cabeza de la montañesa y aun del montañés.

les que á lo largo del cristal palpitan.—Visiones son estas que surgen ante los febriles ojos de la imaginacion, cuando ésta, desahogada y libre, tiende las alas y se levanta al cielo de su instintiva y rica poesía.—¡Cómo ha de volar la imaginacion de la aldeana, pobre pájaro cautivo, que lleva atada al pié la pesada losa de su cotidiano afán y labor incesante! —Y como el pájaro prisionero persuadido de la inutilidad de sus alas las deja ociosas, y las alas con el ócio se le entumecen y embargan hasta ser impotentes para levantar el cuerpo que antes sostenian pujantes y tendidas, jamás cansadas, en la vasta region de los aires, así la montañesa plegó las de su fantasía, negándola todo vuelo más allá del blasonado y hendido dintel donde se abrigan sus hijuelos.

Cree, sin embargo, en tres cosas que no debiera: en la posesion del espíritu maligno, en el mal de ojo y en las brujas. —Contra el primero acude al exorcismo y la regla de San Benito, contra el segundo el amuleto de azabache, y de las últimas se defiende con procedimientos diversos, íntimos unos y recónditos, otros manifiestos y vulgares.—Ya únicamente por excepcion, disculpada hasta cierto punto por el apartamiento y oscuridad del sitio en que vive, y haciéndose perdonar su ceguera por el rubor y timidez con que la confiesa, supone la aldeana que la bruja hace mansion en el cuerpo de una vieja decrépita, la mas desamparada y mísera del contorno, haciendo gravar sobre esta desventurada inocente el odio y la culpa de toda calamidad pública y privada. —Mas á menudo dá asilo al misterioso y maléfico ser en el tronco carcomido de un ciprés secular, cuyas rajadas fibras crujen á impulso del tempestuoso viento.—Como todas las criaturas de su ralea, la bruja escoge para sus maleficios las horas sombrías y calladas de la noche. Su agresion más marcada, su venganza favorita, consisten en sacar del lecho á la mujer de quien está sentida ó á quien tomó inquina, y esponerla desnuda á la intemperie en uno de los egidos del lugar. Señaladas son entre las convecinas cuántas han pasado por el trance de encontrarse á deshora en tal *cierra* ó en el otro *campizo* despiertas de su profundo sueño por el frio de la escarcha ó la humedad de la yerba rociada. A hablar verdad, no se halla entre los que afirman el hecho, hombres y mujeres, quien ose jurar á una cruz haber visto el caso por sus ojos, y á la vergonzosa camisona apurando toda manera de hacerse abrir la puerta de su domicilio con el menor ruido y escándalo posible; pero salva tan ligera duda, todos á la vez aseguran el suceso y lo certifican.—Para evitar contingencias semejantes, la montañesa precavida, si tiene razon ó sospecha de temer asalto y rapto nocturno, no se acuesta sin

poner bajo su cama una buena ristra de ajos, y asegurada con tal específico, se arrebuja y envuelve tranquila entre sus ropas á esperar el sueño, el cual no tarda en venir, traído por el natural cansancio físico, vencedor constante en sanos temperamentos de todo cavilar inquieto y temor fantástico.

Los esparcimientos y desahogos en que descansa la aldeana montañesa de la porción triste y laboriosa de su vida, son la *romería* y el *corro* durante la Primavera, Estío y Otoño, la *deshoja* y la *hila* durante el invierno.

La descripción de la *romería* nos lleva de juro á intemperativas digresiones de paisajista como nos aventurémonos en ella. Desde los nevados riscos de *Nuestra Señora de la Luz* en Liébana, hasta el escueto islote de la *Virgen del Mar*, en la marina de Santander; desde el monte de la *Aparecida* en la fragosa cuenca del Ason hasta la vega de las *Quintas* junto á Santillana; desde la Asunción de *Balbanuz* entre los pasiegos, hasta el *Cármén* de Revilla, en la fresca mies de Camargo, no hay fiesta ni advocación de la Santa Madre de Cristo, que no sea causa de convocar una de aquellas abigarradas y bulliciosas muchedumbres, esmaltando con los zagaleros rojos, las camisas blancas, los gregorillos de oro y púrpura, ya la impenetrable sombra de robledos y castañares, ya las escarpadas sierras de la costa, ó las fértiles praderías del valle.

Sobre el hervir confuso del gentío, los gritos de los vendedores y uno que otro relincho del caballo que trajo á un galán y aguarda atado á un roble el término de la fiesta, surge y predomina el batir sonoro de los panderos, montañesa música. Dos gigantescas panderas en manos de dos robustas tañedoras, que á la vez cantan, y á las que suele acompañar otra ú otras cantadoras de afición, componen cada orquesta. Delante de ellas, puestos cara á cara y en dos filas, una de cada sexo, mozos y mozas bailan, ya que baile se llama el azanganado zarandeo de aquellos cuerpos. Dos tiempos ó aires distintos tiene este baile: uno tibio, *andante*, acompañado por el seco batido de los templados parches; otro *allegro*, «á lo alto» que decimos en la tierra, al cual se pasa súbitamente desde el andante, apenas la voz de las cantadoras inicia la copla, y dura lo que la copla misma, cesando con ella para convertirse de nuevo en andante. Báilase el andante meciendo perezosamente el cuerpo á uno y otro lado, desmayados los brazos, arrastrando alternativamente ambos zapatos sobre el suelo, dormilon descanso que aprovechan los bailarines para limpiarse el copioso sudor que les baña el rostro, y cambiar vecino con vecino *daque* (1) frase.—Pero se

(1) Vale en el dialecto montañés tanto como *alguno*, *alguna*.

oye la voz de la cantadara principal que entona sola el primer verso del cantar, y de pronto los brazos se levantan arriba, los dedos castañetean, y véñse con vivo compás saltar aquellas cabezas por cima de los inmóviles espectadores: entonces se cruzan las parejas, cambiando de lugar mozas y mozos, entonces los bailadores de nota despliegan su fantasía, haciendo toda especie de trenzados y tijeretas con los piés, de cuya habilidad no pierde un perfil ni una tilde su pareja, pues la gala y el *aqué*l del danzar por parte de la aldeana están en no alzar los ojos y con ellos fijos en tierra seguir todas las mudanzas y peripecias del baile. ¡Singular espectáculo aquella larga, doble y ondeada fila de caras juveniles, frescas y sonrosadas, silenciosas é inmóviles, caidos los párpados, moviéndose á un compás á guisa de autómatas ó maniqués, y que repentinamente, y todas á una vez, resucitan, abren los ojos, cobran la animacion del gesto, de la palabra y de la risa, cuando inesperadamente cesan música y danza!—Es que el baile montañés, más que diversion ó deleite, parece acto cêremoniioso, y grave deber cumplido con severas formas y respeto impuestos por las más solemnes obligaciones de la vida.

Del origen é inspiracion primera de las coplas con que se acompaña su música la montañesa, pudiera únicamente decir quien hubiera con profundo sentido crítico estudiado la interesante y difícil cuestion de la poesía popular y sus castizas fuentes.—No hay golondrina viajera, ni ráfaga de aire que vuele y corra lo que corre y vuela una cancion del pueblo. Pegada á una tristeza que ha consolado, á un recuerdo que lisongeó, á un sentimiento vago y mal definido del cual se hizo espresion pintoresca, viva y clara, camina horas y leguas, muda climas y latitudes, y queda donde al cabo vienen á encontrarla músicos ó poetas, capaces de sentir su melodía y penetrar su espíritu; pero no de desandar el invisible camino que hasta allí la trajo.

Eco de andaluza fantasía parece la voz de la montañesa cuando canta:

Estando en Misa mayor
Me miraste y te reíste;
Tál le parezcas á Dios
Como á mí me pareciste.

Pero es acento vivo y sincero de afectos locales y propios al decir la copla que sirve de epígrafe á estas hojas, ó esta otra:

Aunque soy hija de un pobre
Y morena de la cara,

No tengo mancha ninguna
Que no me la lleve el agua.

De más culta y sazónada malicia que la suya parece engendrada esta seguidilla:

Tiene la tabernera
Sortija de oro;
El agua de la fuente
Lo paga todo.

Pero es suyo el despecho femenino que improvisa esta otra:

Cásate con aquella
De pelo largo;
Echa un poco en la olla,
Verás qué caldó.

Hé aquí, finalmente, una cuya procedencia indudable es demostrada por un detalle geográfico:

Si vas á la Vizcaya,
Vizcaino mio,
No me traigas espejo
Que en tí me miro.

La cual prueba, además, que las soñadas rivalidades fronterizas de ambas provincias no resisten al poderoso halago del amor recíproco, y que la esquividad natural de las montañas se rinde al brío y varonil arrogancia del eúscaro, de igual modo que al garbo vizcaino es á menudo sensible el más receloso y huraño cántabro. (1)

La montañesa canta mucho, tal vez porque en la vida se canta cuanto se llora, por lo cual, sin duda, canta más la mujer que el hombre.—No ya para lucir en pública porfía ó para que sus compañeras bailen, ni para ahuyentar el fastidio ó distraer sus huelgas ó sus jornadas, ó el tedio de sus faenas menores y sedentarias; más con frecuencia se la vé y oye en la margen del río bajo los alisos, ó encaramada en el alto peñón, medio escondida entre las erizadas árgomas, cantando sólo, sin causa evidente para ello, como no sea que así como la oración comunica con el cielo, el canto comunica con ese mundo invisible del ambiente de nuestras montañas, mundo que puebla la soledad, enciende claros destellos en las tinieblas y dá voz al silencio.—La voz humana palpitante y sonora es nota suprema en la misteriosa armonía de nues-

(1) Cantares oídos á una linda, honrada y famoso cantadora, natural de Solórzano, llamada Guadalupe Turuseta.

tra espléndida campiña, toque de luz de nuestro magnífico paisaje.—¡Qué sería del alma á quien castigaran sus mal regidas pasiones, si entregada á sí propia, su mayor enemigo, abandonada en medio de esta gloriosa naturaleza á la imponderable melancolía del crepúsculo invernal, al enervador sosiego del abrasado medio día estivo, no oyera impensadamente, tanto entre las húmedas nieblas de Diciembre, como entre las cálidas brumas de Julio, brotar ese acento humano, esa vibración gozosa del alma pacífica y honrada, cuyo vigor ingénuo y juvenil fresca tanta suma de revelaciones y memorias y halagos y consejos traen!

Pero en ninguna ocasion emplea la montañesa los bríos de su garganta y la delicadeza de su oído sutil como en la de arrullar el sueño de su hijo ó distraer sus llantos primeros.—Su soberano instinto materno, olvidadas las alegres ó maliciosas coplas del corro y la romería, la recuerda y pone en sus labios, á tropiezos con la memoria, estancias sueltas de romances heroicos ó fantásticos, y con mayor frecuencia y más puntualidad relaciones populares de la vida y muerte del Divino Jesús.—Y así como en los dolores y afanes maternos son iguales la ciudad y el campo, señora y aldeana, así usan entrambas modos iguales para satisfacer á una obligación igual, á una ánsia idéntica de su ternura.—Yo no sé, del palacio timbrado en su fachada con prolijos cuarteles entre rapantes leones y el pobre caserío cuya gala mejor son los pabellones de panojas colgadas del tallado alero, cuál enseñó á cuál el romance que sigue, y que bajo uno y otro techo suena, dicho con más ó menos aire, con mayor ó menor pulidez y para un mismo fin, el de entretener á un niño con la historia de una madre y de un hijo:

La Virgen se está peinando
Debajo de una palmera;
Los peines eran de plata,
La cinta de primaveras.
Por allí pasó José;
La dice de esta manera:
—¿Cómo no canta la Virgen?
¿Cómo no canta la bella?
—¿Cómo quieres que yo cante,
Solita y en tierra ajena,
Si un hijo que yo tenía,
Más blanco que una azucena,
Me lo están crucificando
En una cruz de madera?
Si me lo quereis bajar,

Bajádmelo en hora buena;
Os ayudará San Juan,
Y también la Magdalena,
Y también Santa Isabel
Que es muy buena medianera.

De una fuente única, la *fé*, son nacidos el arte que dicta estos romances y el arte que pinta los lienzos de Murillo. Esa musa sin forma ni nombre, que es el espíritu de una época, de un pueblo, de una raza, viste á la pura tradicion evangélica formas familiares y sencillas para que ni por tierna ni por ruda se excuse criatura humana de recibirla y comprenderla.—Sabe que por mucho que la razon madure y se aclare, nunca estará á sus alcances el misterio; y acudiendo al corazon en hora temprana, lo penetra y embebe en la esencia misma del misterio, para que ella sea parte integrante y necesaria de la vida del corazon.—Así crece luego el corazon y se dilata por la ancha esfera de la vida, tomando de aquel gérmen celeste el calor de sus mejores deseos, el vuelo de sus mayores esperanzas, como toma alientos del aire, luz del sol, agradecido al beneficio, sin preguntarles su razon ó causa.—Así cuando el hombre quiere obedecer á la voz de su discurso, que le enseña la obligacion de creer, hállase que el creer es ya para su alma dulce costumbre y necesidad imperiosa.—Así no vá con escusados alardes de estéril fuerza ó impotente audacia á conquistar ostentosamente la *fé*, sino que consigo la lleva y en sí la encuentra, sirviéndole de tácito consuelo, poderoso amparo y suave medicina en las amarguras, vencimientos y dolores agudos de la vida.

No sale de la romería la montañesa sin colmar el pañuelo de *perdones* (1), con los cuales irá camino adelante brindando á cuantos conocidos encuentra, ricos y pobres, hidalgos y escuderos, señores y criados, sin soñar en recibir desaire.

Si llega á su aldea antes de ponerse el sol, todavía alcanza el *corro*. El *corro* es la asamblea ociosa y femenina que se junta á matar la tarde de los dias feriados en un lugar de apacible sombra, inmediato al vasto rectángulo de la *bolera* ó sea palenque donde ejercitan los hombres sus bríos jugando á los bolos.—Las concurrentes al *corro* se ponen en círculos y en *cucilllas*, por el suelo, imitando las tertulias árabes

(1) "En esta tierra es uso llamar perdones todo lo que se dá en la romería, porque se tiene por devocion, como si fuera pan bendito," dice uno de los personajes de la célebre novela *La Pícarra Justina*, escrita á fines del siglo XVI ó en los primeros años del XVII.—Probablemente tales objetos serian en un principio objetos piadosos y benditos, reliquias de vária especie, escapularios ó medallas, simbolo del *perdon* que habian ido á solicitar y traian granjeando los romeros y penitentes. Estendiéndose luego á todo lo que se dá en la romería, como reza la cita, y en la montaña se extiende de las golosinas y frutas, principalmente avellanas, traídas á casa para obsequio de los que se quedaron en ella sin participar de la fiesta.

de los jeques, tales como las dejó pintadas el francés Horacio Vemet.—Tambien, como en los arábigos círculos, se cuentan cuentos maravillosos en estos círculos cántabros; á otros los ocupa el *mus* ó la *brisca*, pero su más usado y general entretenimiento es dar un filo á la lengua en vituperio del prójimo.—Tambien aquí baila la gente moza, cuando el pueblo tiene cura que lo permite.

Las reuniones de invierno, la deshoja y la hila, no hay para qué definir las, puesto que ellas solas se definen y explican. Han sido magistralmente pintadas por un autor (1) á quien apellidan algunos Teniers cántabro, movidos de la eleccion de asuntos á que le ven inclinado, sin pararse en que la vena del escritor montañés es incomparablemente más pulcra y vária que la del insigne pintor flamenco. En sus libros, pues, hallará el curioso uno y otro cuadro trazado con la viveza de colorido y prolijidad de detalles que pueda apeteecer.

AMÓS DE ESCALANTE.

(Continuará.)

(1) D. José de Pereda, en sus *Escenas montaÑesas*, primera y segunda parte.

DELIRIO.

¿Por qué á mis plantas se estremece el suelo
Y ese nublado el horizonte cierra?
Nada hay escrito para mí en el cielo,
Nada hay fecundo para mí en la tierra.
En torno mio luto y desconsuelo,
Aquí en mi corazon tormento y guerra.
¿Qué te puedo ofrecer sino mi llanto
A tí, mujer, á quien adoro tanto?

Yo me abraso en la llama del deseo
Y siento el corazon latir sin calma,
Cuanto sueño codicio y cuanto veo,
Y llevo el infinito aquí en el alma;
Más ancho mundo en mi delirio creo
Donde de gloria conquistar la palma;
Me consume una sed nunca estinguida.
¡Oh, quién pudiera devorar la vida!

¡Quién del ave que cruza el firmamento
Las alas rapidísimas tuviera;
Quién la hoja seca que arrebatá el viento
Con las ventiscas del Octubre fuera;
La ola que en eterno movimiento
De una ribera corre á otra ribera,
O ese vapor que, trasformado en nube,
Hasta las plantas del Eterno sube!

Huir contigo, arrebatarte lejos,
El mundo recorrer libres y errantes
Cual golondrinas que sus nidos viejos
Huyen un dia, por volar distantes;
Del alba y de la tarde á los reflejos
Hallarnos siempre solos, siempre amantes
Y en un nuevo horizonte cada dia
Decirnos nuestro amor, nuestra alegría.

Y á los trémulos rayos de la luna,
Extraviados en el bosque espeso,
Evocar nuestras dichas una á una,
Mirándonos los dos con embeleso;
Saborear allí nuestra fortuna,
Los lábios engarzados en un beso,
Y reposar despues sobre las flores
Entre sombras y sueños y rumores.

Y abandonarnos en batel de pluma
Del mar sereno al caprichoso empuje,
Surcos abriendo de hervidora espuma
La quilla audaz que á nuestro peso cruge;
Verio despues, en arrogancia suma,
Cómo violento y orgulloso ruge,
Y náufragos arroja desmayados
A tierra nuestros cuerpos abrazados.

En las montañas que corona el hielo,
Cuyas laderas la avalancha hiende,
Que con fragor precipitada al suelo
De la encumbrada cima se desprende;
En los risueños valles, bajo el cielo
Que el rojo sol del Mediodía enciende,
Del lago azul en la arenosa orilla,
O en la cabaña rústica y sencilla.

Al borde del torrente fragoroso
Que, quebrando la luz en mil destellos,
A nuestros piés revuélvase rabioso
Salpicando, al saltar, nuestros cabellos;
Ya entre la paz del templo silencioso,
Ya al ver del Arte los despojos bellos,
Exalar de nuestra alma la ventura
En un himno de amor y de ternura.

Mas ¡ah, delirios! El deseo, en vano.
De esos paisajes nuestra mente llena
Y el pensamiento los recorre ufano,
Avaro de placer y harto de pena.
La realidad con aterida mano
A la nada cruel nos encadena.
Aun me queda tu amor; no más anhelo.
¿Cuánto ese sol alumbrará mi cielo?

EMILIO FERRARI.

TIPOS TRASHUMANTES.

III.

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR...

Una semana antes de suspenderse, por razones de alta temperatura, las sesiones de las Cortes, pronunció un discurso de abierta oposicion á la política del Gobierno. Tres dias despues se trasladó á Santander con su señora, luciendo todavía los tornasoles de la aureola en que le envolvió aquel triunfo parlamentario.—No hay que decir si llegaría hueco y espetado, él que, por naturaleza, es grave y repolludo.

Como ni S. E. ni su señora piensan tomar baños de mar, sin duda por aquello de que *de cincuenta para arriba*, etc...., refran cuya primera parte les coje por la mitad, no han querido alojarse en el Sardinero; y como tampoco quieren el bullicio y las estrecheces del cuarto de una fonda, se han instalado en una modesta casa de huéspedes, ocupando la mejor sala con el adjunto gabinete.

Su Excelencia sale á la calle con zapatos de cuero en blanco, sombrero hongo de anchas alas, cómoda y holgada americana, chaleco muy abierto y tirillas á la inglesa.

Siempre camina lento y acompasado, con las manos cruzadas sobre los riñones, y entre las manos la empuñadura de cándida sombrilla. Nunca vá solo: generalmente le acompañan cuatro ó seis personas de la poblacion y de sus ideas políticas.

Marchan en ala y el personaje ocupa el centro de ella.

A cada veinte pasos hace un alto, y el acompañamiento le rodea. Es que vá á tocar uno de los puntos graves de su discurso; porque es de advertir que S. E. no gasta ménos, ni aun para diario.

Y, en efecto; si un oido indiscreto se acerca entonces al grupo, percibirá estas, ú otras semejantes palabras, dichas en tono campanudo y resonante:

—Porque, señores: los hombres que hemos adquirido la

experiencia del Gobierno con amargos desengaños, debemos al país toda la verdad, todo el esfuerzo de nuestro patriotismo acrisolado. Por eso, si en el Parlamento, como la Europa ha visto, fui implacable con los hombres de la situación, lo fui mucho más, lo estoy siendo todos los días en el terreno de mis personales relaciones con todos ellos.—Momentos antes de salir de Madrid, decia yo al Presidente del Consejo de Ministros:—«Esa que ustedes siguen es una política de aventuras, y ciegos están si no ven que con ella está el país al borde de un abismo. El país no quiere utopías, el país quiere hechos prácticos; el país quiere reformas tangibles y beneficiosas; el país quiere economías positivas; y ustedes, para corresponder á sus justos anhelos, le dan la dictadura en Hacienda, el caos en la política y el desconcierto en todo.»

—Bravo!—exclamará aquí uno de los oyentes que más arriman los asombrados ojos á los crespos bigotes del orador. —Y él, ¿qué le respondió á V?

—¿Qué me respondió?—replicará S. E. mirando al interpelante como si fuera á tragársele, y recorriendo luego el grupo con la vista airada, haciéndole desear por un buen rato la respuesta.—Lo de siempre; que el estado del país; que el desbarajuste de las pasadas administraciones; que los compromisos contraídos; que la demagogia; que la revolución latente; que la necesidad de cimentar las instituciones..... Farsa, señores, farsa todo!

—Pues es claro!—responderá el coro.

Y el orador, despues de pasear otra vez la vista por los circunstantes, sin añadir una sola palabra, erguirá la cerviz, fruncirá el ceño, y continuará su paseo.

Y así hasta el infinito.

Por la noche, aquellos mismos complacientes y complacidos caballeros le acompañan al *Círculo de Recreo*; y dicho se está que le llevan medio en triunfo al salon del *Senado*, venerable mansion donde, al revés de la cárcel del mísero Cervantes, « toda comodidad tiene su asiento y ni el más leve ruido hace su habitacion. »

Allí se levantan los más autorizados *sócios* al ver al recién llegado; cédenle la poltrona presidencial; y, alargando tiros y troyanos el pescuezo y los hocicos (*inténtique ora tenebant*, que dijo el otro) dispónense á escuchar, sin perder sílaba, la quincuagésima octava variante sobre el consabido tema...

Que sigue y se reproduce tambien en el camino del Sardinero, que gusta S. E. de recorrer á pié muy á menudo.

Y así va pasando la temporada salpimentando sus solaces con tal cual visita á este ó al otro personaje que veranea en la playa, ó pasa de largo para el extranjero.

Al fin del verano se le lleva un día á ver el Instituto, y otro á la farola de Cueto, que, por lo visto, es todo lo monumental que aquí tenemos, digno de que lo vean esos señores; y hasta el año que viene, si para entonces no está S. E. en candelero... ó en las Marianas, que de todo se ha visto.

Cuando el personaje montó en el coche que le llevó á visitar la farola, se notó que le acompañaba una señora, sobrado vulgar de aspecto y nada jóven, por las trazas. Aquella señora era la suya, y entonces se la vió en público por primera vez.

Extrañó mucho la gente reparona que un señor de tal fachada y de tantos requilorios, hubiera elegido una compañera de tan vulgar modelo.

Pero estos reparones no reparan que los hombres no nacen para ser personajes como los príncipes para ser reyes; y así les sucede á muchos lo que al cosaco Kalmuff, que «como no esperaba llegar á sargento, descuidó un poco la letra»; es decir, que como al verse abogados sin pleitos, ó *temporeros* de una modesta tesorería de provincia, ó alféreces de reemplazo, no pudieron soñar que el viento de una revolución, ó los caprichos de la fortuna los colocase en las mayores alturas del presupuesto, no se les ocurrió entonces tomar una señora de majestuoso porte, para reflejar en ella en el día de la apoteosis los relumbrones del oficio.

Mas á esto dicen tambien las gentes, que en España todos los hombres, en cuanto llegan á serlo, debieran prepararse para lo más grave, porque parece ser, y varios hechos lo atestiguan, que, por una rara escepcion de la naturaleza, *todos los españoles servimos para todo.*

IV.

LAS INTERESANTÍSIMAS SEÑORAS.

Generalmente son dos: rubia la una, morena la otra; pero esbeltas y garridas mozas ambas. Arrastran las sedas y los tules como una tempestad las hojas de Otoño. De aquí que unos las crean elegantísimas, y otros charras y amaneradas. Pero lo cierto es que los otros y los unos se detienen para

verlas pasar y las ceden media calle como cuando pasa el rey.

Como nadie las conoce en el pueblo, las congeturas sobre procedencia, calidad y gerarquía, no cesan un punto.

El velo fantástico de sus caprichosos sombrerillos, que llevan siempre sobre la cara, es el primer motivo de controversias entre el sexo barbudo. Si aquellos ojos rasgados, y aquellas mejillas tersas, y aquellos lábios de rosa que se ven como entre brumas diáfanas, son primores de la naturaleza, ó artificios de droguería.—Esta es una de las cuestiones.—Pero aunque se resolviera en favor de la pintura, no sería un dato; porque ¿qué mujer no se pinta ya?

Otra duda: ¿dónde viven?—Se averigua que se hospedaron en una fonda muy conocida, á su llegada á Santander y que permanecieron en ella tres días, durante los cuales las acompañó por la calle varias veces un inglés *cerrado*.

Primera deducción.—Que son inglesas.

A esto replica un curioso que las siguió entonces muy de cerca, que siempre hablaban por señas á su acompañante, y que le decían *aisé* para llamar su atención. Dato feroz: de él se desprende que no son inglesas, ni tienen la mas esmerada educacion, puesto que usan ese vocablo con que el tosco populacho bautiza á todo extranjero cuando quiere decirle algo.

Pero un jóven optimista hace saber que esa palabra es compuesta de dos inglesas, muy usuales en la conversacion, y que equivalen á *digo yo*, ó mejor aún, á nuestro familiar *oiga usted*.

Se desecha el dato desagradable.

Ignorándose dónde viven despues que salieron de la fonda, se las sigue discretamente con objeto de averiguarlo. Trabajo inútil. Como si el pueblo fuera para ellas tramoya de magia, desaparecen en el punto y hora que les convienen.

Estas contrariedades escitan doblemente la curiosidad y multiplican la suma de los curiosos y de los admiradores, cuya voracidad fomentan ellas, sin pretenderlo quizá, exhibiéndose con nuevas y más atractivas galas, y más sandunguero garbo.

A todo esto, los que la suponen de *solar conocido*, alegan que las han visto en el teatro en dos butacas. Pero esto es poco y equívoco.

Otros, de mejor instinto investigador, declaran que las vieron días antes salir de la iglesia.—Este es mejor dato sin duda.

Pero otro mucho más elocuente se ofrece á los pocos días.

Se las vé en el baile campestre, lo cual, ya lo sabe el lector, constituye aquí casi una ejecutoria de limpia prosapia.

Sin embargo, todavía no resuelve ni aclara nada este dato. —Asistieron á la fiesta, aunque con intachable arreo, solas como de costumbre. —Se observó que no quisieron bailar, no obstante las muchas invitaciones que otros tantos despreocupados las hicieron. —La incipiente juventud no se atrevió á tanto desde que notó que las damas *distinguidas* las miraban de reojo.

Esto era muy significativo. —No pudo averiguarse, por más que se registraron al otro día los billetes de convite entregados al portero del salon, qué sócio las había dado la credencial para entrar allí.

Inútil es decir que estas nuevas confusiones escitan más y más el afán de las conjeturas acerca de las desconocidas. —Las señoras del pueblo comienzan á ocuparse de ellas con alguna vehemencia, y tambien se dividen en pareceres.

No falta ya quién asegura que son dos princesas rusas que se han propuesto darse, á todo gusto, un paseo por Europa. Pero como hay tambien quien afirma que hablan el castellano, y hasta con cierto dejillo andaluz, se conviene en que *serán* dos sevillanas de buen humor, cuyos maridos llegarán de un momento á otro.

Esta suposicion coincide con el aserto de un curioso, de que, segun noticia de Pedro, tomada de Juan, que á su vez la tomó de Felipe, las dos incógnitas tienen letra abierta en una casa de comercio de las más respetables de la plaza.

Y entonces es cuando empieza á vacilar la repugnancia que hacía ellas sentia la femenil sociedad indígena. Y tanto vacila y tanto decae, que si á la sazón no asisten aquellas al más encopetado baile particular, ó la tertulia más *entonada*, es ó porque no ha habido una disculpa para invitarlas, ó porque ellas no han querido aceptar la invitacion.

Tal sube y baja en el humano criterio el concepto que en él se forjan los hombres... y las mujeres, dejándose seducir por las apariencias.

Un día se observa que al pasar junto á uno de esos forasteros bullidores y *omniscientes*, en lo que respecta á pueblos, tipos y costumbres, y de quien hablaré al lector más adelante, le sonrien con inusitada familiaridad, á cuyo agasajo corresponde él flagelando el vestido de la rubia con dos golpecitos de baston.

Entonces se le asedia, se le acosa, se le marea con preguntas de todos los colores.

Asómbrase el interpelado del asombro de los interpelantes y dáles una respuesta brevísima.

—No es posible! —se le replica.

—Con verlo basta, caballeros.

Desde el día siguiente se las mira en la calle como á *gente conocida*; y se observa un hecho bien opuesto á todo lo usual y corriente en el trato social; y es á saber, que á medida que van ellas ensanchando sus relaciones entre los antes codiciosos de sus miradas y preferencias, van estos escatimándolas sus atenciones en público; es decir, que más se aislan cuanto más se comunican.

Muy poco tiempo despues tiene lugar el completo eclipse de estos dos astros que aparecieron entre los de primera magnitud.

Y llamo *completo* al eclipse, porque se necesita un ojo muy avezado á la observacion para distinguirlos, de vez en cuando, en las alturas de un palco segundo, oscurecidas ya por la luz de una candileja, ó describiendo, como fuegos fátuos, caprichosos giros y recortes en el Muelle, al desembarcar en él los indianos de un vapor-correo.

JOSÉ M.^a DE PEREDA.

(Continuará.)

A....

¡Ya no tengo esperanza
de que acabe jamás la pena mia,
pues, al perder en tí mi confianza,
no he perdido el amor que te tenia.

CAMPOAMOR.

EL AVERIGUADOR DE CANTABRIA.

23. Dice el Sr. Pereda en su precioso libro *Escenas monta-
ñaesas*, artículo titulado *La buena gloria*, que el autor de
un entremés alusivo al asunto de que trata en aquel delicioso
cuadro de costumbres, tuvo el mal gusto ó la abnegación
de morirse sin descubrir su nombre. Al que nos participase
quién hubo de ser, se lo agradeceríamos en extremo.

X Y Z.

24. ¿Desde cuándo se conoce en esta provincia la her-
mandad ó cofradía de la Vera-Cruz, y cuál es su origen?

E. P.

25. ¿Por qué supone el Sr. M. de C.-M., en la pregunta
número 19, que el autor del ms. titulado *Memorias á Santan-
der y expresiones á Cantabria*, fué Fr. Ignacio de Bóo Ha-
nero?

X Y Z.

Contestacion á la pregunta 5.ª

El autor de los *Entretenimientos de un noble montañés
amante de su patria*, fué D. Francisco Xavier de Bustaman-
te, que floreció en el siglo pasado. Hay dos copias de él en
esta provincia.

T.

Contestacion á la pregunta 13.

Las iniciales del traductor anónimo de *Lucrecio* corres-

ponden exactamente á las del abate D. José Marchena Ruiz de Cueto, que debió hacer este trabajo un año antes de su salida para el extranjero, perseguido por el Santo Oficio, á causa de sus primeros escritos impíos.

Hay noticia de otros cuatro ensayos de traduccion del poema *de rerum natura*, el del célebre marino D. Gabriel Cis-car, que insertó algunos fragmentos en sus *Ensayos Poéticos*, (Gibraltar, 1816) el de D. Francisco Javier de Búrgos que perdió el ms. en Granada, en 1813, el de D. Alberto Lista, y otro debilísimo del que esto escribe, ninguno de los cuales pasa de la invocacion.

La traduccion de Marchena es completa, aunque muy desigual é incorrecta.

M.

Contestacion á la pregunta 21.

El autor de la traduccion de la *Poética* de Horacio en menos sílabas que el original, impresa anónima tres veces, una en Barcelona, otra en París y la última en Madrid (1862), al fin de las *Obras del Marqués de Gerona*, fué D. Juan Antonio de Horcasitas, intendente de Burgos en la segunda mitad del siglo pasado. Hemos visto el ms. autógrafo que posee nuestro amigo el Sr. Marqués de Casa-Mena. Debieron correr en su tiempo muchas copias sin nombre de autor y tres de ellas vinieron á manos de los Sres. Peñalvér, Ferrer, y Castro y Orozco, á cuya diligencia se deben las ediciones apuntadas. D. Juan Gualberto Gonzalez dice haber visto otro ejemplar ms. de esta version en la biblioteca del consejero de Estado D. Fernando de Laserna. Hay otra traduccion en menos sílabas hecha por D. Rafael Crespo, catedrático que fué de Jurisprudencia en Zaragoza á fines del siglo pasado y comienzos del presente, y autor de una especie de novela política en sentido realista titulada *D. Papis de Bobadilla*. La traduccion referida obraba manuscrita en poder del difunto hombre político, eminente orador y literato, D. Antonio Aparisi y Guijarro.

M. M. P.

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

NOTICIA HISTÓRICA DE LAS BEHETRÍAS, *primitivas libertades castellanas, con una digresion sobre su posterior y tambien anticuada forma de fueros vascongados, por don Angel de los Rios y Rios, C. de la Academia de la Historia.* Madrid: imprenta y fundicion de la viuda é hijos de J. A. García, 1876.

Con intento de que precediese á su frustrada edicion del *Libro Becerro de las Behetrías* trazó el muy erudito escritor montañés D. A. de los Rios y Rios el precioso estudio que hoy separadamente publica. Investigar el origen probable de aquellas singulares instituciones, deslindar claramente sus límites y carácter, explicar las trasformaciones que sufrieron en diversos períodos de la edad media, compendiar cuanto en nuestras leyes se refiere á las *benefactorías*, reconstruir en lo posible aquel estado social con las escasas noticias de él que hasta nosotros han llegado: tal es la empresa dignamente realizada por el docto académico. Largamente expone el Sr. Rios el sistema tributario de las Behetrías, las relaciones entre el señor y sus vasallos y las de unos y otros con el Rey; claramente señala los límites del condado de Castilla, valiéndose de un casi ignorado documento, exorna y ameniza su trabajo con otras no menos curiosas digresiones, habla con sagacidad y erudicion sobremanera notables del carácter y formacion del *Fuero Viejo* de Castilla, discute hábilmente la naturaleza y legitimad de los *Fueros vascongados* probando que *no son otra cosa que la libertad primitiva, conservada algun más tiempo que en la generalidad de la Península*, llega á tratar las cuestiones relativas á la composicion del *Becerro*, opinando atinadamente que D. Alfonso XI mandó hacer las pesquisas, terminándose éstas en tiempo de D. Pedro, y explica por último la muerte ó desaparicion de las behetrías en posteriores tiempos. La copia de datos recogidos en esta memoria es inmensa, las conjeturas probables en materia tan sujeta á dudas y divergencias, el lenguaje puro y castizo, el estilo correcto y lleno de sabor

erudito de bonísima ley. No haremos cargo alguno al autor por cierta falta de método, puesto que él la reconoce, y no altera, además, en parte sustancial el encadenamiento de los hechos y de las reflexiones. Lo que sí hubiera sido conveniente, alguna división en párrafos, capítulos ó cosa semejante que hiciera más descansada la lectura y contribuyera á fijar con más distincion las ideas en el ánimo de los lectores. Fuera de esto y de algun punto más ó menos dudoso, como el de Bernardo del Carpio, cuya existencia se inclina á admitir el Sr. Rios, cuando, segun entendemos, fué este héroe una creacion poética de la fantasía nacional para oponerle al Roldan de los franceses; creacion formada con muy varios elementos, entre ellos el recuerdo del *Pros Bernat*, conde de Ribagorza y de Pallars; fuera de esto, decimos, y de alguna otra cosilla de poca monta, como el atribuir al Lope García de las *Bienandanzas* la portentosa prole de aquel antepasado suyo que murió sobre Algeciras, el libro es doctísimo, curioso, agradable, y honra en gran manera el talento y la erudicion de su autor, digno compatriota de Floránes, del P. La Canal y de Martínez Mázas.

Por *apéndice* acompañan el *Fuero de Cervatos* y el de *San Salvador de Cantamuda*, hasta hoy inéditos.

M. P.

Por la abundancia de materiales no reproducimos en este número un bellissimo y magistral artículo crítico del Sr. Menéndez y Pelayo acerca de los *Bocetos al temple*, de nuestro colaborador D. José María de Pereda, publicado en nuestro apreciable colega *El Aviso*; pero le insertaremos en el número siguiente.

F. M.

Obras que se hallan de venta en la Administracion de
LA TERTULIA.

La novela entre los latinos, tesis doctoral de D. Marcelino Menendez y Pelayo.—Santander. 1875.—Precio, 6 rs.

Estudios críticos sobre escritores montañeses. 1.º Trueba y Cosío, por D. Marcelino Menendez y Pelayo. — Santander, 1876.—Precio 12 rs.

Escenas montañesas.—Coleccion de bosquejos de costumbres, por D. José María de Pereda.—Madrid, 1864.

Tipos y paisajes.—Segunda série de *Escenas Montañesas*, por D. José María de Pereda. Madrid, 1871.

Costas y Montañas.—Libro de un caminante, por Juan García —Madrid, 1871.

En la playa (acuarelas). *Marina*.—*Un cuento viejo*.—*Bromas y Veras*.—*A flor de agua*. — *La Luciérnaga*, por Juan García.—Madrid, 1873.

Del Manzanares al Darro.—(Relacion de viajes), por Juan García.

Del Ebro al Tiber.—Recuerdos, por Juan García.

Hijos ilustres de la provincia de Santander.—Estudios biográficos, por D. Enrique Leguina.--Un tomo, Madrid, 1875.

Obras de D. Benito Perez Galdós.

EPISODIOS NACIONALES.

Trafulgar (2.ª edicion).
El corte de Carlos IV (2.ª edicion).

El 19 de Marzo y el 2 de Mayo (2.ª edicion).

Bailén (2.ª edicion).

Napoleon en Chamartin.

Zaragoza (2.ª edicion).

Gerona.

Cádiz.

Juan Martin el Empecinado.

La batalla de los Arapiles.

El equipaje del rey José.

Memorias de un cortesano de 1815.

La segunda casaca.

El Grande Oriente.

En preparacion.

7 de Julio.

Los cien mil hijos de San Luis.

El terror de 1824.

Un voluntario realista.

Los apostólicos.

Un faccioso más y algunos frailes menos.

Precio de cada tomo, dos pesetas en toda España.

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica en Santander los días 1.^o y 15 de cada mes, en entregas de 32 páginas, de esmerada impresion.

Precio 4 rs. al mes, tanto en Santander como fuera, franco de porte.

Se suscribe en su Administracion, calle del Arcillero, número 1, piso 1.^o

LA TERTULIA.

(PRIMERA ÉPOCA.)

COLECCION

de artículos humorísticos, pensamientos poéticos, charadas, enigma-charadas, dobles enigmas, acertijos, logrogrifos, rompe-cabezas y otros escesos,

POR

VARIOS INGENIOS MONTAÑESES.

Forma un tomo en 8.^o de 404 páginas de esmerada impresion.

Su precio 20 rs., y 12 rs. para los suscritores en Santander y 15 fuera, franco de porte certificado.

Los pedidos, al Administrador de **La Tertulia**, Arcillero, 1, principal.